

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 248

25 cts.



**LO QUE
TODA MUJER QUIERE**

POR
Norma Shearer,
Lew Cody,
Mary Call
Filmoteca
de Catalunya



HENLEY, Hobart
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 248

A Slave of Fashion, 1925

Lo que toda mujer quiere

Finísima comedia americana, interpretada
por los siguientes artistas:

<i>Catalina Emerson</i>	NORMA SHEARER	.
<i>Nicolás Wentworth</i>	LEW CODY	.
<i>Ricardo Wayne</i>	WILLIAM HAINES	.
<i>Manuela de Emerson</i>	MARY CARR	.
<i>Julio Emerson</i>	James Corrigan	..
<i>Sofía</i>	Vivian Ogen	..
<i>Magdalena</i>	MISS DU PONT	..
<i>Hobson</i>	Sidney Bracey	..

Producción

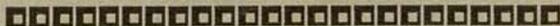
METRO-GOLDWYN

Concesionaria

METRO-GOLDWYN CORPORATION

Mallorca, 220, Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
BEN WILSON



LO QUE TODA MUJER QUIERE

Argumento de la película



*A la más bella mitad
de esta pobre humanidad
la moda sujeta lleva,
desde los tiempos de Eva
hasta la presente edad.*

Catalina Emerson, linda provinciana, aspiraba a ser esclava de la moda en la Quinta Avenida de Nueva York y no en la calle Mayor de Luteveil, lugar del Estado de Iowa donde residía con sus padres y su tía Sofía, solterona cargada de manías.

Con los ojos vendados, Catalina paseaba su mano diestra por un mapa mural, y de pronto, levantando ligeramente la venda, miró hacia donde caía Nueva York y detuvo su pregunta al Destino en el nombre de la cosmopolita ciudad.

La señora Manuela y el señor Julio Emerson, padres de Catalina, y tía Sofía, que esta-

ban contemplando a la joven detrás suyo, leyeron el nombre de la ciudad que el azar designaba a la provinciana como la más indicada para la realización de sus ambiciones.

—¿Lo estáis viendo? Mi porvenir me espera en Nueva York — dijo Catalina, muy contenta, a sus parientes.

Los padres de la audaz joven habían consentido mal de su grado en dejarla partir a la conquista de nuevos horizontes; pero su madre, recordando lo que oyera decir acerca de Nueva York, trató de disuadirla de trasladarse a la peligrosa ciudad.

—Debes tener en cuenta que tú eres muy joven todavía, hija mía, y que en Nueva York hay muchos peligros y asechanzas.

—Como en todas partes, mamá. Todo estriba en saber luchar y guardarse.

Tía Sofía intervino en la cuestión, como si fuera una mujer experimentada.

—Dicen que en Nueva York no hay mujer que no se pinte, ni hombre que no tenga por lo menos tres o cuatro novias.

—¡Bah! Siempre se exagera. Además, no me importa. Iré a Nueva York y triunfaré, por difícil que sea.

Los padres, viejos y sensatos, insistieron en desanimarla, temerosos de que al separarse de su lado le sucediese algo desagradable a la hija de sus amores; pero todo fué inútil: ella supo convencerles de que no tenían que temer nada. Sus buenos consejos la guiarían siempre por el buen camino.

Y como la juventud vence siempre que se

lo propone, Catalina abandonó su pueblo hacia la dorada ciudad.

De todos los confines de los Estados Unidos salen diariamente hacia Nueva York trenes y más trenes, ocupados por los que corren hacia la maravillosa urbe en pos de la realización de sus ambiciones y ensueños.

Entre los que veían en Nueva York — en uno de los citados trenes del día de nuestra historia — campo propicio para la realización de sus honradas ambiciones estaba Catalina.

Entre los que encontraban en Nueva York cuantas ocasiones deseaban para divertirse y triunfar sin grande esfuerzo figuraba Magdalena Carson.

Sentadas una enfrente de otra, Catalina miraba con admiración a Magdalena, que iba vestida a la última moda y cuyas joyas costaban una fortuna inmensa.

Magdalena, al verse examinada con asombro por la provinciana, adoptaba poses de gran señora, para darse más tono.

A decir verdad, no necesitaba Magdalena de preparativos para subyugar a cualquiera con su elegancia, pues ésta era natural y en relación con su extraordinaria belleza. Era, indiscutiblemente, una mimada de la suerte.

En lo que con mayor atención se fijaba Catalina era en un bolso *dernier cri* de abalorios multicolores dibujando flores caprichosas.

¡Qué bolso! Lo comparó con el suyo, de piel y antiguo, y tan pronto como hubiese triunfado en la ciudad procuraría adquirir uno como el de la elegante viajera.

El Destino se cernía implacable sobre los viajeros de aquel tren en que iba Catalina y en los del tren que iba a cruzar éste.

Ocurrió una distracción, que no pudo subsanarse, en la línea, y los dos trenes, en vez de ladearse, chocaron furiosamente, cayendo los vagones del tren de Catalina, que se hallaba sobre un puente, al río.

Fué espantoso. Los vagones del otro tren quedaron completamente destrozados y las víctimas fueron numerosas.

Así terminó la primera salida de Catalina.

Pero, gracias a un milagro, la provinciana audaz figuró entre los salvados de la catástrofe; y ello sin duda por estar destinada a altas y singulares empresas en Nueva York, la ciudad fantástica, poseedora de placeres sin cuento.

**

Catalina alquiló una habitación muy modesta en una pensión cercana a los barrios elegantes, y apenas en ella contempló desde la ventana el panorama que se ofrecía a sus ojos.
• Era de noche. Broadway, la gran arteria cos-

mopolita, cuyos millares de luces semejan pupilas que se amortiguan ante los triunfadores y que, en cambio, brillan con burlona expresión ante los vencidos, bullía de gente ávida de negocios y placeres...

Respirando a todo pulmón el aire saturado de todos los encantos de la luminosa ciudad, dijo Catalina, abriendo los brazos como para acoger en ellos a la suerte:

—¿Qué me reservará el azar entre tus millones de habitantes, ¡oh adorada Nueva York!, meta de mis ensueños?

Llamaron con los nudillos a la puerta del cuartito.

Apartándose de la ventana, Catalina dijo en voz alta, a quien llamaba, que podía pasar.

Era la criada de la pensión, un tipo de mujer entrometida, como tía Sofía, poco más o menos.

—Vengo a traerle esta ropa, señorita.

—Bien, gracias; déjela ahí.

Catalina sacó de debajo del borde del colchón de la cama el bolso perteneciente a Magdalena, la elegante viajera que iba en el mismo tren ocupado por ella, y abriéndolo apoderóse de una carta, disponiéndose a leerla.

La criada acercóse para sumarse a la lectura, pero sintiéndola junto a sí, Catalina volvióse a mirarla y no necesitó más la curiosa para retirarse.

Sola y presa de curiosidad, Catalina entregóse a tomar conocimiento de la aludida carta.

Y leyó:

NICOLÁS WENTWORTH
Avenida del Parque, 400

Querida Magdalena:

Ya que has resuelto pasar una temporada en Nueva York, tendré mucho gusto en que ocupes mi casa mientras yo esté en Europa.

A Hobson, mi criado, le dejaré suficiente dinero para cuanto pueda ofrecésete.

Lo único que pido, Magdalena, es que dejes libre la casa antes de mi regreso, que efectuaré hacia el 1.º de Mayo.

La ilusión ha muerto, querida Magdalena, y lo mejor es reconocerlo y separarnos amistosamente.

Tuyo affmo.

NICOLÁS.

Catalina abrió desmesuradamente los ojos ante esa carta.

Por otra parte tenía a su lado un periódico doblado a un anuncio que decía lo siguiente:

Precisan modelos de 1 m. 80 de estatura para trajes de calle y baile.

S. y J. Baruett
Séptima Avenida, 500

La intención de Catalina, antes de enterarse de la carta dirigida por Nicolás Wentworth a Magdalena, que había perecido en la catástrofe ferroviaria, era ofrecerse como modelo, pues tenía la estatura requerida.

Pero ahora...

Catalina juzgó que sería uno locura desperdiciar la ocasión que le brindaba la suerte para pasar seis meses de vida regalada, al cabo de los cuales le bastaría desaparecer discretamente.

Y venció toda clase de escrúpulos en aras del deseo de ser protagonista de una irresistible aventura, la cual no ofrecía, al parecer, el menor peligro.

Al día siguiente, dándose ánimo a sí misma, se orientó en la ciudad y presentóse en el lujoso piso habitado por Nicolás Wentworth durante los meses que pasaba en Nueva York.

La recibió Hobson, el fiel criado de Nicolás, que la esperaba.

—Soy la señorita...

—¡Ah! ¿La señorita Carson? Don Nicolás me encargó que me pusiera a sus órdenes, y lo hago muy respetuosamente.

—Muchas gracias.

—Está usted en su casa. No tiene usted más que mandar. Y, si no tiene usted inconveniente, yo mismo puedo pedir a una agencia de colocaciones una doncella de servicio de excelente conducta, y una buena cocinera, si la señorita desea tomar sus comidas en casa.

—Sí... sí... Usted mismo... usted...

—Hobson, señorita, es mi nombre.

—Es verdad. No recordaba.

—¿Quiere usted pasar a las habitaciones que don Nicolás mandó preparar para usted? Además, le enseñaré todo el piso, para que la señorita sepa donde está lo que pueda necesitar.

Catalina, que no pisaba aún terreno seguro,

tales eran sus naturales temores, sorprendióse en grado sumo al entrar en una habitación y ver en ella unos baúles. ¿Acaso Nicolás no se había marchado todavía a Europa?



—*Está usted en su casa. No tiene usted más que mandar.*

Hobson le devolvió la tranquilidad, diciéndole:

—Los baúles llegaron hace unos días.

¡Ah! Era el equipaje de la infortunada Magdalena Carson.

Discretamente, Catalina buscó, palpó por encima del bolso de abalorios, los llavines, y al tropezar sus dedos con ellos, sonrió triunfalmente.

Todo, pues, acudía en su ayuda. Tenía casa lujosa, cuenta corriente abierta — sin duda ilimitada—, y trajes — indudablemente suntuosos, a juzgar por el modo de vestir de Magdalena—, a su disposición.

¡Qué temporada de vida a lo gran señora!

Y como todo fué tan natural, tan sencillo, cual nueva Cenicienta Catalina halló en la realidad lo que hasta entonces se había atrevido a vivir sólo en sueños.

Transformada, merced a los artificios modernos, en bellísima elegante, no parecía la misma de Luteveil. ¡Oh, si la vieran los de allí!

Para acostumbrarse a sus nuevos atavíos, ceñidos y con enrevesadas colas algunos de ellos, se daba lecciones de práctica en las habitaciones de la casa, procurando que ni Hobson ni la doncella la sorprendiesen hablando sola con imaginarios personajes.

—Buenas noches, Alteza — decía una de las veces que aprendía a ser sociable — ...Pero, mi querido Príncipe, seguramente habrá algunos caballos que no ofrezcan el menor riesgo... Una no sabe lo que ha de suceder. Si lo supiera, ¿procedería como procede muchas veces?

Y a cada frase hacía nuevas reverencias, doblandose e irguiéndose alternativamente... hasta que dió un traspie y quedó sentada en el suelo, no sin dolor...

—¡Pues no creía yo que ser señora costase tanto! — exclamó, muy preocupada.

La grandeza no se le subió a la cabeza a la Cenicienta de Luteveil. Prueba de ello era la

carta que escribió a sus padres, para darles un alegrón, tanto más grande cuanto que era tan rápido.

La señora Manuela, el señor Julio y Sofía ardían en deseos de enterarse de lo que les comunicaba Catalina.

La carta decía:

Mi querida mamá:

Vine, vi y vencí. Como lo presentia, Nueva York era mi campo. A poco de llegar, me encargué de la espléndida casa de don Nicolás Wentworth y me está yendo divinamente. (Hazme el favor de leerle esto dos veces a tía Sofía).

La solterona interrumpió la lectura para exclamar, faltando a la verdad, pero para quedar bien:

—¡Siempre dije que a Catalina le iría muy bien! No en vano es tan despejada y simpática.

La señora Manuela miró sonriente a su marido, y prosiguió la lectura.

Con la práctica que estoy adquiriendo, no dudo de que antes del primero de mayo habré conseguido otro puesto.

Con un abrazo para todos

Catalina

Los padres, ajenos a la verdad, llenáronse de orgullo y alegría, y para no ser menos, tía Sofía también.

Catalina se encontraba perfectamente en la casa de Nicolás y sólo le asaltaban los temores

que tuvo al principio, cuando su vista tropezaba inconscientemente con el retrato del dueño, en el que aparecía sonriente, tan naturalmente sonriente que parecía que la mirase y se burlase de ella, amenazándola con descubrirla el día menos pensado.

Sin embargo, no tuvo valor Catalina para hacer desaparecer ese retrato, una de cuyas copias estaba, precisamente, en sus habitaciones, y otra en el salón, encima de una mesita de centro.

Salvando ese obstáculo, Catalina era feliz.

Lo único que le faltaba a la moderna Cenicienta era el Príncipe que se enamorase de ella.

¿Qué hacer para encontrarle? ¡Ah! La casualidad sería nuevamente su protectora.

Compró dos butacas de uno de los más aristocráticos teatros, para la función de aquella noche, y de regreso a "su" casa, vestida ya para ir al espectáculo, púsose junto a una ventana que daba a la calle, cerró los ojos, asomó su brazo derecho al exterior y dejó caer al arroyo una de las dos butacas.

¿Caería a los pies del Príncipe soñado?

Un poco después lo sabría.

¡Con qué impaciencia esperó Catalina el momento de acudir al teatro!

Llegó de los últimos, pensando encontrar ya al hombre que le deparaba el Destino. Pero en la butaca de su derecha no había todavía nadie. No se desanimó. La sorpresa tardaría... pero sería buena.

Instantes después la acomodadora conducía a un paleta a la butaca vacía.

Catalina no le miró en seguida, pero apenas estuvo sentado el "Príncipe", sus finas narices fueron heridas por fuerte olor a ajos.

Entonces sí que miró al desconocido, y su



...cerró los ojos, asomó su brazo derecho al exterior y dejó caer al arroyo una de las dos butacas.

rostro transformóse para ella en rosario de cabezas de la picante planta. ¡Qué grosería la del azar!

El buen hombre, encantado de asistir a una buena función sin que le costase un céntimo, no se había tomado la molestia de mudarse ni limpiarse el sudor del trabajo del día. ¡Cuestión de caracteres!

Detrás del plebeyo hallábase un "niño elegante", muy última moda, que no faltaba a los espectáculos de la buena sociedad. Llamábase Ricardo Wayne, sabía que era simpático y era de aquellos que viven al día, aprovechando todas las ocasiones brindadas por faldas vaporosas.

Ricardo se había fijado con agrado en Catalina, y como no pasó desapercibido para él el gesto de repulsión que ella hizo al ver al paleta sentarse a su lado, comprendió que su vecindad inmediata le sería más agradable.

¿De qué subterfugio se valdría para colocarse al lado de Catalina?

La casualidad se mostró más atenta con él que, aquella vez, con Catalina.

En efecto; la contraseña del buen hombre estaba en el suelo. Se le había caído al devolvérsela la acomodadora. Nada tan fácil como coger esa contraseña y dejar en su sitio la suya.

Así lo hizo Ricardo, y llamando a la acomodadora, le enseñó dicha contraseña.

—Sin duda ha habido confusión. ¿Quiere usted colocarme en mi verdadero sitio, señorita?

La empleada comprobó que la butaca de Ricardo, según contraseña, era la que ocupaba el tío de los ajos, y pidió a éste su contraseña.

—No sé si la habré perdido, pues no la encuentro.

Miró al suelo y la vió en él; recogéndola, la acomodadora vió que al humilde correspondía estar sentado en la butaca de detrás.

Efectuado el cambio, Ricardo esperó a que



...pero se convenció al momento de que era real que tenía a su vera a un joven digno de ser Príncipe.

Catalina, que no se dignaba mirar hacia su lado, creyendo que seguía en la butaca del buen hombre, se diese cuenta del cambio; y cuando esto sucedió hizo como si no la viera.

Catalina creía sufrir una alucinación... pero se convenció al momento de que era real que te-

nía a su vera a un joven digno de ser Príncipe.
¡Qué simpático! ¡Qué fino!

Ricardo la miró a su vez, como casualmente, y Catalina apartó presurosa su vista de él, no pudiendo disimular una sonrisa de gratitud al Destino, que había querido corregir su error.

Para calmar su sorpresa, Catalina formaba un canuto con el programa que le entregara la acomodadora, pero se le soltó de las manos y cayó al suelo.

Ricardo lo cogió y devolvióselo a ella, saludándola.

—Muchas gracias...

—Al contrario, señorita.

El silencio estaba roto. Empezaba la aventura amorosa deseada por Catalina.

—Hermosa noche para... para dejar caer programas, ¿no le parece? — dijo Ricardo a Catalina.

Ella sonrió... él no era tímido, y la función no tuvo ya ningún interés para ambos.

En tanto, el buen hombre que apestaba a ajos, ponía nerviosa a una encopetada dama que no podía tolerar otro perfume que el que ella usaba.

Al salir del teatro, Ricardo acompañó a Catalina hasta el pie de "su" casa en su lujoso automóvil.

Encantado de la conquista en puerta, Ricardo despidióse cariñosamente y le preguntó, suplicándole una respuesta favorable:

—¿No me dirá usted cómo se llama?

—Sí. ¿Por qué no? El número de mi teléfono es Plaza 241.

—Gracias. Abusaré de este dato comunicándome con usted a cada momento.

—No sé si le contestaré.

—Confío en que sí.

—Ya veremos...

Y así, sin que Catalina alcanzara a darse cuenta de ello, lo que empezó siendo una travesura convertíase, por la inexorable lógica de los hechos, en algo muy real.

Casi todos los días Ricardo mandaba flores a Catalina, y la Cenicienta las aceptaba de buen grado, no recordando que su condición era humilde hasta que Nicolás, sonriéndole desde el retrato, la volvía a la realidad. ¡Qué inoportuna solía ser la fotografía del dueño de la casa!



Los padres de Catalina y Sofía, ansiosos de ver a la audaz provinciana, se trasladaron en un mal automóvil a la ciudad, a la que llegaron cubiertos de polvo, grasa y demás gages de un viaje en pésimas condiciones.

Preguntando lograron llegar ante la casa de Nicolás, en la que encontrarían a Catalina.

Apearonse del coche, digno de figurar en una exposición de antigüedades, y subieron al piso del citado Nicolás.

Hobson recibió a los forasteros.

—¿Qué desean ustedes? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Es esta la casa del señor Wentworth?

—Sí... pero el señor Wentworth está ausente.

—Nosotros venimos a ver a la señorita que está aquí.

—¿Cómo?

Catalina, que leía y endulzaba la lectura con bombones de chocolate, oyó a sus parientes y apresuróse a ir a separarlos de Hobson, temiendo que cometiesen alguna torpeza hablando demasiado.

La alegría de la audaz joven era inmensa, como la de sus padres y asimismo tía Sofía, que estaba contentísima de haber llegado a la ciudad tan cácareada.

—Pero... ¿quién iba a pensar en veros tan pronto!

—No quisimos avisarte nuestro viaje para dar-te una sorpresa — contestó la señora Manuela, no cesando de acariciar a Catalina.

Tía Sofía tenía ojos para todo y censuró el modo de vestir de su sobrina, que lucía un fino pyjama femenino.

—¡Qué lujo tan asiático, hija mía! ¿Esa es la ropa que usas para trabajar?

—Es comodidad, tía. No olvides que estás en Nueva York. Prepárate a ir de asombro en asombro.

La doncella de servicio presentóse a recibir ór-

denes, y tía Sofía desapareció tras ella hacia la habitación que Catalina indicóle.

En dicha habitación, la solterona, vaciando su maleta, fué mostrando a la doncella los objetos que traía consigo para combatir las dolencias corrientes con eficacia, y se alabó a sí misma, ya que nunca se había dignado nadie ensalzar sus cualidades.

—Yo no visto como mi sobrina, ¿sabe usted?, pero soy mucho más práctica. A mí nadie me ha de enseñar nada, ¿comprende usted? Yo no necesito criadas. Tranquílcese usted. La molestaré muy poco. Con que me traiga usted el desayuno a la cama todas las mañanas y limpie mi habitación... quedaré sobradamente complacida.

Catalina y sus padres se hallaban en el saloncito en que ella estaba leyendo cuando llegaron.

Hablando de su suerte, Catalina dijo inconscientemente a sus queridos viejos, comiendo bombones de chocolate con ellos:

—¡Si viérais lo bueno y generoso que él es conmigo!

—¿El? — inquirió, mirándola fijamente la señora Manuela.

La realidad apareció en toda su gravedad ante Catalina. ¿Qué pensaría de ella su madre si le contaba la verdad? ¿No sería causarle un pesar inútil? ¿Por qué no seguir siendo audaz? ¿No merecían sus adorados padres un buen descanso? Pues bien: callando, ella podía proporcionarles buena vida durante una temporada. Luego ya vería lo que convenía hacer. Lo esen-

cial era no disipar la alegría de la dulce anciana.

—Tengo que revelarte un secreto, mamaíta.

—¿Qué secreto, hija mía?



Catalina y sus padres se hallaban en el saloncito en que ella estaba leyendo cuando llegaron.

—Estoy casada.

Los dos viejos sintieron con esta noticia aliviados de un peso enorme. Sin embargo...

—Pero... hija mía... ¡Válgame Dios!... ¿Cómo te casaste sin decirnos nada?

Sin titubear, Catalina repuso:

—Nicolás tuvo precisión de marchar a Euro-

pa el mismo día que nos casamos y le prometí no decir nada de nuestro matrimonio hasta su regreso.

Emocionada, la señora Manuela no pudo reprimir a su hija su precipitada boda, y la estrechó contra su palpitante pecho, llorando de alegría sabiéndola feliz.

Pasaron semanas y más semanas sin que la familia de Catalina diera pruebas de que deseaba marcharse.

Catalina procuró a sus parientes vestidos adecuados al ambiente en que vivían, y la existencia regalada tenía una fiel adepta en tía Sofía, quien, ciertamente — así se lo figuraba ella—, había nacido para mandar y dar consejos.

Una tarde, al enterarse tía Sofía de que Ricardo Wayne esperaba a Catalina en el recibidor de la casa, a la que acababa de presentarse, para acompañarla al teatro, dijo a los padres de su sobrina, mientras ésta acababa de arreglarse en sus habitaciones:

—Ya le he dicho al tal Wayne que Catalina es una mujer casada, pero parece que le entra por un oído y le sale por otro.

La señora Manuela la interrumpió suavemente.

—Desde el momento que Catalina recibe a ese señor, será porque no tiene nada de particular y porque en ello no habrá nada censurable.

—Tú te dejarías engañar por todo el mundo, Manuela. Déjame a mí. Voy a decirle a ese "pollo bien" unas cuantas verdades.

La señora Manuela quería detenerla, pero tía Sofía fué más lista en salir del salón, yendo al encuentro de Ricardo; mas, al verle, dió media vuelta, después de saludarle secamente, y regresó al lado de sus parientes.

—Lo que le he dicho no es para contado.

Catalina apareció en tal momento.

La señora Manuela, presa de temores imbuídos por tía Sofía, trató de retener a su hija.

—Catalina, hijita, quédate en casa. Nos entretendremos jugando a las cartas o al dominó.

—No puedo, mamá. El señor Wayne me había invitado a oír cantar Rigoletto y sería muy feo desairarle después de haber aceptado.

Tía Sofía hubo de decir algo:

—No hay nada que aje tanto a una mujer como el trasnochar; yo, por eso, no pierdo mi sueño por nada de este mundo.

Salió Catalina y reunióse al momento con Ricardo, que no le ocultó su satisfacción al verla.

Tía Sofía, espiando detrás de la puerta del recibidor, dijo a Catalina, al ir a marcharse ésta con Ricardo hacia la calle:

—Procura volver a casa antes de las diez. Siempre es prudente evitar que los vecinos puedan criticar.

Catalina volvióse a contestar a la solterona con compasiva sonrisa.

—No vayas a estar levantada esperándome,

túta — le dijo—. Recuerda que nada aja tanto a una mujer como el trasnochar.

Ricardo saludó a tía Sofía, pero al ver las muecas que ésta le hacía, correspondió con un guiño picaresco, y cerró la puerta del piso.

Reuniéndose con sus parientes, tía Sofía remachó el clavo de la sospecha.

—Eso de que van a oír cantar Rigoletto, que se lo digan a otra. Demasiado sé yo que él está dando representaciones en Boston toda esta semana.

La señora Manuela no quería oírla, pero tía Sofía no se avino a callarse sin dar un buen consejo.

—Creo que deberías escribir al marido de Catalina para que viniese cuanto antes.

La señora Manuela no encontró nada punible en seguir el citado consejo, y por Hobson supo las señas en París de Nicolás; escribiéndole que su esposa deseaba verle.

A pesar de que Ricardo sabía, creyéndolo de buena fe, que Catalina estaba casada con Nicolás Wentworth, estaba decidido a conquistarla... no importándole el marido...

Catalina reflexionó aquella noche acerca de lo claro que le había hablado Ricardo, no respetándola como "mujer casada", y temiendo que al final todo terminase mal enteró a su madre, al día siguiente, de su deseo de ir a pasar una temporada a Luteveil.

Pero a ello se opuso tía Sofía, que se encontraba en la gloria en Nueva York.

Y cuando menos se esperaba llegó el dueño de la casa.

La primera en verle fué tía Sofía, que, reconociéndole, pues había visto la fotografía, se le colgó al cuello, besándole como tía.

La señora Manuela se presentó a su vez y también le besó, como madre, encantada de conocerle personalmente y de encontrarle tan admirable.

El señor Julio presentóse en tercer lugar, tratando en confianza a su "yerno", que se le antojó un excelente joven.

Ahora le faltaba a Nicolás conocer a su mujer. La señora Manuela le dijo que estaba en su habitación y él desapareció hacia la misma.

Hobson, recordando súbitamente que tenía que decir algo a su señor, lo hizo al ir Nicolás a llamar a la puerta de la habitación de Catalina, su "esposa".

—Dispense, don Nicolás, pero no sabía que se hubiese casado usted.

—Ni yo tampoco.

—Está de buen humor el señor, y lo celebro.

Catalina, ajena a cuanto ocurría, estaba en el baño.

Nicolás esperó a que saliese en el saloncito donde ella tenía dispuesto el desayuno.

Al ver a Nicolás, Catalina se consideró perdida sin remedio. Enmudeció de temor.

—¿La señora de Wentworth? — preguntó Nicolás, mirándola con atención—. Soy su marido de usted.

Ella no podía contestar.

—¿Quiere usted tomar asiento? Puede usted desayunar sin hacer cumplidos. Nada más natural entre marido y mujer. Aunque, es realmente extraordinario, no recuerdo cuándo fué que nos casamos. ¿Qué tal le pareció nuestra luna de miel?

Hablando de modo tan desconcertante, Nicolás no perdía el menor gesto de Catalina.

—Me siento encantado de haber adquirido de la noche a la mañana un hogar tan interesante. ¿Pertenece a él tía Sofía de modo permanente?

Como insensible a todo, Catalina miraba a Nicolás y escuchaba sin proferir palabra, reconociéndose de modo tan elocuente culpable de un grave delito.

La señora Manuela presentóse en aquellos instantes ante ellos con una bandeja provista de desayuno para Nicolás.

—¡Qué dura habrá sido para vosotros la larga separación! — dijo sonriendo—. Daos un beso, aunque esté yo delante. Vamos, Catalina.

Nicolás acercó sus labios a los de Catalina y los besó, sin que ella besase los suyos.

Pero apenas hubo salido la señora Manuela, Nicolás volvió a emplear el tono irónico de antes para arrancar la verdad a Catalina.

—Creo que no estará por demás una explicación, señorita Inocencia.

Catalina rompió, al fin, el silencio, para justificar su audacia. Refirió el accidente ferroviario en que encontró la muerte Magdalena Carson, y enteróle de cómo supo, cayendo el bolso

de la difunta en sus manos por casualidad, que él ponía a su disposición por algunos meses su piso.

—...y no pude resistir a la tentación de ocupar



—La veré a usted dentro de un rato, señora de Wentworth.

el lugar de la señorita Carson — terminó—. Reconozco que obré muy mal, y puede usted creer que me siento avergonzada.

Nicolás no abandonó su actitud irónica.

—Vaya, vaya, hay que reconocer que, a pesar de ser usted una joven que no había salido nunca de su pueblo, ha demostrado poseer gran cantidad de audacia y un aplomo nada común.

Y ahora, ya que usted se ha divertido sin que le faltaran el dinero ni los trajes, voy a calcular a cuanto asciende su cuenta.

—¡Oh!

—La veré a usted dentro de un rato, señora de Wentworth.

Salió Nicolás, y Catalina no sabía hacia qué lado moverse para salir de tan apurada situación.

El papel de nueva Cenicienta fué muy agradable para ella, pero no contó con que sonarían las doce sin que le fuese posible escapar



Por la tarde, Nicolás celebró la anunciada nueva entrevista con Catalina.

Catalina se había vestido como cuando llegó de Luteveil, decidida a marcharse sin demora con sus parientes.

Nicolás abrió el diálogo.

—Envié a los papás y a tía Sofía al cine y he estado calculando el importe de su cuenta de usted. Como resumen resulta que mi esposa tiene una deuda bastante crecida conmigo. De modo que, según lo que ofrezca en pago...

Catalina retrocedió asustada, sus dos brazos tendidos hacia adelante para impedir a Nicolás que se acercase; y contestóle con espanto:

—Encarecidamente pido a usted que me atienda. Habré podido ser imprudente, tonta, pero no soy lo que usted se figura. Mi familia no sos-

pecha siquiera la verdad de lo que ocurre, pero voy a confesárselo todo y le pagaré a usted hasta el último centavo del dinero que ha gastado



—Como resumen resulta que mi esposa tiene una deuda bastante crecida conmigo.

usted por causa mía, aunque no sé cómo, pero se lo pagaré, puede estar seguro.

—¡Qué divertido es todo este engaño! ¿Pretende usted que crea que su familia no sabe nada?

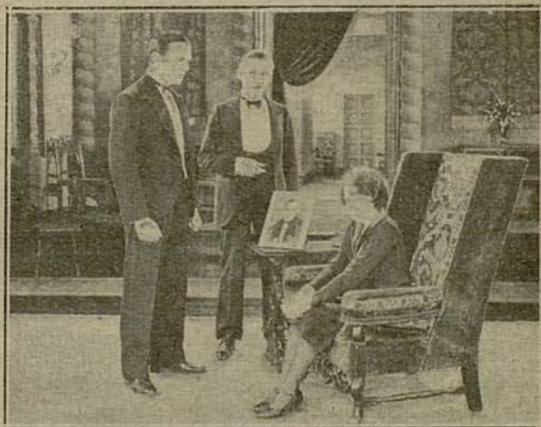
—¡No sabe nada, no, señor! ¡Oh! ¡Qué disgusto van a tener mis pobres padres!

—Ya será menos.

Sonó el timbre del teléfono. Cogió Nicolás el aparato.

—¿Quién es?

La empleada de la casa avisó desde la conserjería que Ricardo Wayne deseaba visitar a



—Y he de agradecerle mucho que haya venido a visitarnos.

Catalina. Extrañado de tal visita, Nicolás contestó que subiese.

Catalina, al ver a Ricardo, azoróse todavía más, no pudiéndole dar ninguna explicación; y comprendiéndolo todo, Nicolás burlóse del galanteador de solteras y casadas.

—Usted no sabía que yo era el esposo de Catalina, ¿verdad? Pues míreme usted bien. Soy el

mismo de este retrato. Y he de agradecerle mucho que haya venido a visitarnos.

Wayne estaba turbado.

—¿Por qué no le ofreces un asiento al señor Wayne? — dijo Nicolás a su "esposa".

El "pollo bien" se opuso.

—Sólo vine un momento para tener el gusto de saludarles, y, esto cumplido, me ausento.

—No, no, de ninguna manera. Tiene usted que quedarse. Tía Sofía sentiría mucho no verle.

—Dispense, pero no puedo... Volveré otro rato... Mañana, tal vez...

—¿Volverá usted? Bien. Le esperamos, ¿eh?

Se echaba de ver que Nicolás se burlaba en sus propias barbas de Wayne, gozándose en su confusión.

Le acompañó hasta la puerta, exagerando atenciones, y al despedirle le habló en tono irónico, para no darle un puntapié:

—Usted debería casarse, caballerito. El menos lince nota que es usted muy aficionado al matrimonio.

En tanto, Catalina se retiraba a sus habitaciones, encerrándose en ellas y cayendo desvanecida detrás de la puerta, vencida por la emoción.

Los padres de la Cenicienta y tía Sofía regresaron a poco del cine, y viendo a Nicolás, la señora Manuela, siempre dulce, murmuró:

—No sé cómo agradecer a usted todo lo que ha hecho por nosotros. Mi hija es tan feliz con usted... y con razón, porque con dificultad habrá otro hombre mejor en el mundo.

Nicolás la escuchaba con sorpresa, y al sentir-

se besado por ella, llenóse de gratitud el corazón.

—Buenas noches, Nicolás. ¡Ah! Me olvidaba de hacerle un encargo. Bese usted a Catalina por mí.

Y volvió a besarle.

Aquella noche, Nicolás no pudo conciliar el sueño.

Al día siguiente, Catalina, al salir de su habitación, buscó a su madre, que disponía el desayuno para todos sobre la mesa.

—Tenemos que irnos de aquí en seguida, mamá — le dijo apremiante.

—¿Por qué, Catalina?

—Te suplico que no me preguntes nada. Después te lo explicaré todo.

Nicolás apareció ante las dos mujeres.

—¿Qué les ha pasado a usted y a Catalina, hijo mío? — preguntó a Nicolás la señora Manuela, que le había cobrado mucho cariño.

—Será mejor que te lo diga todo de una vez, mamá — dijo Catalina.

Nicolás le impidió continuar.

—¿Quiere usted dejarnos solos por un momento, doña Manuela? Deseo hablar dos palabras con Catalina.

La buena mujer desapareció, y dijo Nicolás a Catalina, desconcertándola otra vez, pero de distinto modo:

—¿Conque la Cenicientilla quería contárselo todo a mamá? ¿Y pretendía usted escaparse sin dejarle siquiera una zapatilla al pobre Prín-

cipe? Pero esto no es un cuento de hadas, y la Cenicienta no volverá al lado del fogón...

Los ojos de Catalina expresaban su asombro.

—...porque el Príncipe está enamorado y quiere casarse con ella.

—¿Usted...? No... no puedo aceptar. Comprendo que usted se ha apiadado de mis padres...

—No, Catalina. Es por mi propia felicidad.

—Pero... pero...

—¿Le soy antipático?

—Es que... apenas hace veinticuatro horas que nos conocemos.

—Eso no importa. Se trata de un caso de amor a primera vista... aunque he tenido tiempo de conocerla en tan breve plazo.

—Es que ni siquiera somos novios.

—Bien, si le parece a usted, seremos novios durante un mes.

La señora Manuela entreabrió la puerta del comedor, y como viera que sus hijos se "reconciaban", volvió a cerrarla, muy dichosa.

Catalina accedía a la pretensión de Nicolás; pero éste acortó la fecha de la boda.

—¿No le parece que un mes es demasiado tiempo? Seamos novios por una semana nada más.

Catalina accedió también.

Pero...

—Una semana es mucho esperar; casémonos en seguida.

Y como Catalina no opuso reparo a tanta prisa, aquel mismo día podría llamarse con razón señora de Wentworth.

FIN